

Julietta

en busca

del

Arcoiris



JULIETA EN BUSCA DEL ARCOÍRIS

©Juan José Díaz Téllez

Diseño de cubierta, ilustraciones y maquetación:

Juan José Díaz Téllez

<http://www.facebook.com/julietaenbuscadelarcoiris>

Todos los derechos reservados. Prohíbida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.

*Para Ángel, Amanda y Melinda.
Que nunca tengan que ir en busca del color.*

1. Normalidad

Érase una vez un pueblo escondido entre montañas y valles. En este pueblo, como en todos los pueblos, sucedían millones de cosas. Algunos vecinos se llevaban bien con otros, pero también había quienes no se podían ni ver. Unas personas eran aburridas, otras divertidas, los había a quienes les encantaba la playa, a otros les gustaba el monte... En fin, como en todas partes.

Y como en todos los pueblos, más a menudo de lo que ellos hubiesen querido, surgían problemas entre sus habitantes. Unas veces era porque un vecino aparcaba en un sitio que estorbaba a otro, al día siguiente era porque los niños jugaban al balón y molestaban a los mayores, o al otro porque alguien ponía la música demasiado alta.

Cuando el Señor Alcalde aún no era el Señor Alcalde, hace tantísimo tiempo que ya nadie en el pueblo podía recordar, prometió que si salía elegido, todos esos problemas se iban a acabar.

El Señor Alcalde (*que aún no era el Señor Alcalde, acordaos*) aseguró que él tenía la fórmula secreta que haría que los problemas se esfumasen en un periquete. Los vecinos, hartos como estaban de quejas y riñas un día sí y al otro también, decidieron entre todos echar al Antiguo Señor Alcalde, y darle el puesto al nuevo.

Y así, sucedió que un buen día el nuevo Señor Alcalde tomó posesión de su despacho. Se sentó, miró a su alrededor, y decidió que tenía mucho trabajo por hacer. Lo primero que se planteó fue que todos los problemas y las discusiones que iban apareciendo se debían a que las personas eran muy diferentes entre sí.

—Si todos fuésemos iguales —pensó en voz alta—, nadie discutiría.

Y dicho y hecho, el Señor Alcalde sacó una orden en la que prohibía que la gente tuviera gustos propios. A todo el mundo le tenía que gustar las mismas cosas y debía molestarles lo mismo. En definitiva, todo el mundo tenía que pensar de la misma manera.

Al principio fue complicado, e incluso hubo quien protestó, pero esas protestas duraron poco porque el Señor Alcalde mandó a Eugenio, el Policía, a que metiese en el calabozo a todo aquel al que no le pareciese bien la nueva orden. Y claro, como la gente no quería estar encerrada, enseguida cambiaba de idea.

Cuando con el tiempo todos los vecinos del pueblo empezaron a comportarse de la misma manera, el Señor Alcalde descubrió que aunque todo iba sobre ruedas, aún quedaba gente que actuaba de forma distinta a los demás. Se dio cuenta de que casi todos los que hacían las cosas diferentes eran niños. Intrigado, envió a Arturo, su investigador privado, a hacer lo que mejor sabía hacer que no era otra cosa que investigar. Arturo dedicó seis días con sus seis noches a espiar a los que se comportaban distinto, hasta que dio con la causa. Salió disparado al despacho del Señor Alcalde, y éste, suponiendo que habría descubierto algo importante, lo recibió enseguida.

—Libros, Señor Alcalde —dijo en cuanto entró en el despacho.

—¿Libros? —respondió éste— ¿Cómo que libros?

—La gente que se comporta distinto tiene algo en común. Todos, absolutamente todos, tanto adultos como niños... ¡Leen libros! —insistió Arturo el investigador privado.



—¡Vaya! ¡Libros! —exclamó el Señor Alcalde pensativo—. Nunca lo hubiese imaginado —murmuró—. Pues la solución es bien fácil, prohibiremos que se lean libros en todo el pueblo.

—Pero hay algo más, Señor Alcalde. No creo que sólo prohibiendo los libros consiga solucionar este problema. He descubierto que los niños juegan constantemente, y eso los mantiene despiertos y activos. Es más —el detective miró a lado y lado e hizo una pausa para hacerse el importante—. He visto que usan su... imaginación.

—¿Imaginación? ¿Qué es eso? —preguntó el Señor Alcalde—. La cosa es que me suena...

—Es algo que sirve para ver cosas maravillosas donde en realidad no las hay —respondió el investigador con nostalgia, como si él la hubiese tenido en algún momento de su vida, pero la perdiera hace ya bastante tiempo.

—No me gusta... suena peligroso... ¡Decidido! No sólo prohibiré los libros, además haré lo mismo con los juegos y, por supuesto, con la imaginación. ¡Voy a escribir la nueva orden ahora mismo! Gracias, detective, buen trabajo.

Así, esa misma tarde el Señor Alcalde prohibió los libros, los juegos, y sobre todo, la imaginación. Algunas personas pensaron en protestar, pero se acordaron del frío que hacía en la cárcel, y pensaron que era mejor callarse.

De este modo, tras muchas nuevas órdenes, tras muchas prohibiciones, por fin el pueblo cada vez se parecía más a la idea que el Señor Alcalde tenía en mente. Conforme el tiempo fue pasando, iba habiendo menos problemas, menos protestas, menos líos. La

gente se fue acostumbrando a vivir sin emociones, sin ilusión. Poco a poco, y sin que los habitantes del pueblo se dieran cuenta, sus colores se fueron apagando. No fue cosa de un día, ni de dos siquiera, pero un poquito hoy, otro mañana, y otro pasado, tanto ellos como el propio pueblo, a fuerza de ser normales, se convirtieron en personas de color blanco apenas perfiladas por unas finas líneas en negro. Eran como dibujos planos en un tebeo a los que nadie había coloreado. Primero fueron las personas. Luego las casas. Por último, los bosques, los valles, el cielo... todos quedaron planos, sin vida, aburridos.

Un buen día, el Señor Alcalde se asomó a la ventana de su despacho y, orgulloso por lo que había conseguido, decidió cambiarle el nombre al pueblo, y llamarlo *Normalidad*.

Y así, el tiempo fue pasando en *Normalidad*. Como todos los que vivían en el pueblo pensaban de la misma manera, nadie discutía con nadie. Como los libros estaban prohibidos, nadie leía. Al menos, nada que no fuesen los bandos en los que el Señor Alcalde, cada cierto tiempo, prohibía nuevas cosas una tras otra. Y con el paso del tiempo, los habitantes de *Normalidad* llegaron a convencerse de que lo que el Señor Alcalde prohibía, lo hacía por el bien de todos.

Como los niños tampoco podían jugar, más pronto que tarde olvidaron como se jugaba. Como estaba prohibido usar la imaginación, tampoco pudieron inventar nuevos juegos.

En el colegio sólo se estudiaban dos asignaturas, las Matemáticas, para que los niños pudiesen calcular los impuestos que tendrían que pagar al Señor Alcalde cuando fueran mayores, y la Lectura, para que pudiesen leer los bandos del Señor Alcalde prohibiendo nuevas cosas.

De este modo, primero los días, luego los meses, y por último los años, fueron pasando en *Normalidad* de una forma plana y descolorida, justo como el Señor Alcalde quería que sucediese.

Y así continuó todo hasta que, hace ahora diez años, nació Julieta.

2. Julieta

La noticia causó gran revuelo en el pueblo: la hija de Alejandro y Luisa había nacido por fin. Una hermosa niña que pesó más de tres kilos al nacer. En fin, que todo debía haber sido alegría y felicitaciones, de no ser porque...

—¿Color? ¿Qué quiere decir exactamente que tiene color? —preguntó el Señor Alcalde al doctor, que estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Lo que le digo, Señor Alcalde. Mejillas sonrosadas, ojos verdes... Por eso le he llamado enseguida, pensé que debería usted saberlo.

—Claro, claro, ha hecho usted bien. Pero... ¿está seguro que tiene color? Hace tanto tiempo, que puede usted haberse confundido.

—Sí, es cierto. Hace mucho tiempo que no se ve color por aquí, pero le puedo asegurar que lo es. Y muy buen color, me atrevería a decir.

—¡Vaya!... Pues sí que puede ser un problema. Voy enseguida para allá —dijo el Señor Alcalde, y colgó el teléfono sin ni siquiera dar las gracias. Un buen montón de preocupaciones que creía olvidadas hacía mucho tiempo le daban vueltas en el interior de la cabeza. Había pasado ya muchísimo desde que se convirtió en el Señor Alcalde, y muchísimo también desde que tuvo que enfrentarse al último problema. Definitivamente, el nacimiento de aquella niña era algo que se salía de lo normal. Y en *Normalidad*, aquello no era nada bueno. No señor.

—*Toc toc*. —Se oyeron dos golpecitos en la puerta de la habitación en la que Luisa estaba recuperándose después de haber traído al mundo a la niña. Alejandro, el papá, se encontraba junto a ellas y fue el que se dirigió a abrir. Lo que nunca hubiera imaginado era que al otro lado iba a encontrarse al mismísimo Señor Alcalde.

—*Eh... oh...* Señor Alcalde... ¿A qué debemos su visita? —preguntó Alejandro, interponiéndose entre él y la cunita en la que descansaba la niña, para intentar tapar su visión.

—Tengo entendido que han sido padres, por fin —dijo el Señor Alcalde, moviendo la cabeza a lado y lado para intentar ver la cuna, sin conseguirlo—. Vengo a darles mis felicitaciones.

—Gracias, Señor Alcalde —respondió Alejandro—. Es usted muy amable.

—¿Puedo verla? —preguntó el Señor Alcalde, empujando levemente a Alejandro para intentar colarse en la habitación.

—¿A quién?

—A quien va a ser, a la niña...

—Oh, me temo que no va a ser posible. Está descansando ahora.



Como si quisiera dejar por embustero a su padre, la niña balbuceó y dejó escapar una simpática carcajada.

—¡Oh, es aún peor de lo que imaginaba! ¡Se ríe! —dijo el Señor Alcalde, apartando a Alejandro de un empujón.

—¡Pero oiga! —protestó Alejandro indignado, aunque sabía perfectamente que, en *Normalidad*, cuando el Señor Alcalde quería hacer algo, no había forma de impedirselo.

En dos grandes zancadas, el Señor Alcalde se plantó ante la cuna de la niña. En un entorno en el que todo era blanco y negro, la niña brillaba como si tuviese luz propia. Su piel era sonrosada, y en la cabeza lucía un poco de pelusa pelirroja. Sus ojos eran enormes, y de un color verde claro. Al ver al Señor Alcalde, le dedicó una sonora pedorreta.

—No, no, no... esto no está bien... una niña recién nacida no debe reírse, ni hacer pedorretas... y mucho menos a mi persona —protestó el Señor Alcalde—. ¿Por qué no llora, como todos los niños que han nacido antes que ella en *Normalidad*? ¿Por qué...? ¿Por qué no es blanca, como todos?

Luisa, temiendo cualquier cosa, lo que no era de extrañar viniendo del Señor Alcalde, sacó a la niña de la cuna y la cogió entre sus brazos.

—¡Esa niña...! ¡Esa niña...! —comenzó a decir el Señor Alcalde dando saltitos de un lado a otro y señalando nerviosamente hacia la pequeña. Cada vez se veía más agobiado. Hacía tanto tiempo que no tenía que enfrentarse a algo que se saliera de lo normal, que estaba totalmente desbordado.

—Julieta —dijo Luisa, abrazando a la niña con más fuerza.

—¿Cómo?

—Julieta. La niña se llama Julieta —repitió Luisa.

—Julieta, Julieta... —canturreó despectivamente el Señor Alcalde, como si le importara un pimiento. De pronto, se le iluminó la cara: había tenido una de sus grandes ideas. Alejandro, que notó algo que no le gustó ni siquiera un poco, se sentó en la cama junto a su mujer y a su hija, interponiéndose entre ellas y el Señor Alcalde.

—¡Esa niña tiene *coloritis*! ¡Eso es muy contagioso! ¡Le prohíbo que salga de casa, que vea a nadie, que hable con nadie!

—Pero... pero... —comenzó a protestar Alejandro, pero antes de que le diese tiempo a añadir nada, el Señor Alcalde continuó.

—¡Me voy a mi despacho a redactar la nueva orden! ¡Nadie en *Normalidad* tendrá jamás contacto con esa niña! ¡Bajo pena de muerte! —gritó, y dando un ridículo giro, abandonó la habitación con grandes zancadas.

—Mi pobre Julieta —susurró Luisa mientras dos lágrimas de color blanco rodaban por sus descoloridas mejillas. Alejandro puso la mano en el hombro de su mujer.

—No perdamos la esperanza —le dijo—. Puede que esto tenga cura. Puede, que por sí sola, con el paso del tiempo, Julieta se vuelva normal...

3. *El arcoiris*

—¿Cómo la ves? —preguntó Luisa, escondida en la cocina.

—No sé... como siempre —respondió Alejandro, que estaba unos pasos por delante, en la puerta del salón, espiando a Julieta.

—Hoy es su cumpleaños. Diez años ya —murmuró Luisa. Su marido, mientras tanto, había vuelto a la cocina y se sentó en la banqueta junto a ella.

—Tras todo este tiempo, no creo que nos haya quedado ninguna duda de que nuestra hija es lo único especial que hay en Normalidad —le aseguró Alejandro.

—Sí, pero... ¿qué futuro tiene por delante? —preguntó su mujer angustiada—. En diez años nadie, excepto nosotros, ha tenido contacto con ella. ¿Cómo puede crecer una niña sin amigos? ¿Sin ir al colegio?

—Bueno, te puedo asegurar que la educación que le estamos dando es mucho mejor que eso que Don Luis, el maestro, enseña en el colegio por orden del Señor Alcalde —protestó Alejandro—. Julieta sabe leer mucho mejor que ningún otro niño en el pueblo. Aunque hayamos tenido que enseñarla a base de leer los bandos de ese...

—¡Cu-cú! ¿Estáis hablando de mí? —preguntó Julieta, que se había acercado sin hacer ruido hasta la cocina. El bebé que provocó un terremoto en el mundo absolutamente normal del Señor Alcalde al nacer, había crecido hasta convertirse en una preciosa niña de ojos verdes y pelo naranja como un amanecer, que su madre peinaba en dos largas y gruesas trenzas, largas hasta su cintura. Tenía la cara cubierta de pecas que le daban un aspecto travieso y simpático a la vez. Lo único de ella que no rebosaba color era su ropa, tan blanca y aburrida como el resto del mundo que ella conocía.

—¡Niña! ¡Qué susto me has dado! —protestó su madre, lo que provocó un ataque de risa en la pequeña. Otra de las cosas que, si se supieran en Normalidad, generarían gran conmoción. Los años habían hecho que Julieta riese cada vez con más ganas y mucha más fuerza.

Nadie lo hacía como ella en *Normalidad*, Bueno, lo correcto sería decir que, en *Normalidad*, nadie reía.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Julieta—. Hoy cumpla diez años. Estaría bien comer algo especial, y hacer algo divertido...

Por supuesto, otra de las cosas que el Señor Alcalde había prohibido eran las fiestas en general, y las de cumpleaños en particular, así que la niña nunca había oído hablar de ellas. Ni siquiera se le pasaba por la imaginación que los cumpleaños se celebrasen, y mucho menos que hubiesen tartas con velitas de por medio.

—Bueno, voy a preparar pizza para almorzar. Luego, papá y yo tendremos que salir a hacer unos recados.

—¡Genial! ¡Pizza! ¡Gracias mami! —respondió Julieta ilusionada. Lo que su madre no podía

imaginar siquiera era la pelirroja tenía un plan preparado para cuando se quedase sola.

Julieta no había tenido más remedio que acostumbrarse a pasar largos periodos de tiempo sola en casa. Como tenía prohibido salir de allí, no podía acompañar a sus padres a hacer la compra. Nadie podía quedarse a cuidarla cuando ellos tenían que salir a trabajar. Eso la había convertido en una niña capaz de cuidarse por sí misma; cuando se levantaba por las mañanas se encontraba con que tanto papá como mamá ya se habían ido al trabajo: ella en la peluquería, que por supuesto Julieta nunca había podido visitar, y él en la oficina que, ni que decir tiene, era un completo misterio para la niña. De hecho, todo lo que estuviese más allá de aquellas cuatro paredes, y del impresionante jardín en blanco y negro rodeado por el muro que la ocultaba del resto del mundo, era para ella la más profunda de las incógnitas.

Aquello que había provocado que Julieta tuviese la necesidad de preparar un plan fue un suceso que ocurrió la mañana anterior, mientras sus padres estaban en el trabajo. La niña ocupaba sus interminables mañanas de soledad investigando todo lo que la rodeaba, haciéndose preguntas, y buscando soluciones.

Curiosidad.

Otra de las cosas que hubiesen inspirado una profunda desconfianza en el Señor Alcalde, claro está, en el caso de que hubiera llegado a descubrirlo. ¿Por qué se caían las hojas de los árboles en determinadas fechas? ¿Por qué, si se tapaba los oídos con mucha fuerza, escuchaba los latidos de su corazón? ¿Por qué en las habitaciones de la casa que tenían pocos muebles, se escuchaba su propia voz rebotar contra las paredes?

Así, una tras otra, se formulaba preguntas, y no paraba hasta obtener las respuestas. Ya fuese por sí misma, o con la ayuda de sus padres.

El día anterior al de su cumpleaños se encontraba en el jardín, preguntándose por qué existía el viento. Ese viento que estaba jugando con los altísimos abetos blancos que asomaban por encima del muro, y que esa mañana arrastraba las hojas caídas formando divertidos remolinos en el patio. Estaba tratando de encontrar una respuesta, cuando de repente, un trozo de papel revoloteó por encima del muro y se unió al montón de hojas que giraban sin control. Julieta lo miró divertida, viendo como chocaba con las hojas secas, y giraba sobre sí mismo, una y otra vez, y otra, y...

—Color —dijo Julieta en un susurro, con la boca dibujándole una perfecta “O” mayúscula de asombro. Le había parecido que el trozo de papel tenía algo dibujado. Algo con color, como ella.

Salió corriendo al centro del patio y se arrojó al suelo, sobre el papel, rompiendo el perfecto remolino que hasta ese momento habían estado siguiendo las hojas caídas de los árboles y el intruso colorido que había venido del otro lado de la valla. El trozo de papel revoloteó caprichoso entre sus dedos, flotó un segundo delante de sus ojos y salió despedido hacia arriba. Ahora sí que no cabía duda. Apenas había tenido un segundo el papel delante de su nariz, pero fue suficiente para confirmar lo que había intuido en un primer instante. Había algo dibujado, en color. Y muy colorido, para ser más exactos.

Julieta se incorporó de un salto y corrió a grandes zancadas tras el trozo de papel, que parecía el cebo en una caña de pescar, riéndose de ella mientras daba volteretas a gran altura, fuera de su alcance. En un momento dado, el viento hizo que diese un giro completo y se encaminara en dirección a la calle, por encima del borde.

—¡No! —suplicó Julieta, como si el papel pudiese oírla— ¡A la calle no!

Justo cuando estaba a punto de traspasar el límite del patio, un nuevo cambio en la dirección del viento lo lanzó violentamente hacia abajo, tropezó con el borde de la valla y, tras unos angustiosos instantes, cayó a plomo al interior del patio como si fuese el objeto más pesado del mundo.



—¡Sí! —gritó la niña con los brazos alzados en señal de victoria y una inmensa sonrisa que le cruzaba la cara de oreja a oreja. Antes de que el viento se pusiera otra vez juguetón, recorrió la distancia que la separaba del papel en cuatro grandes zancadas y se lanzó sobre él como un jugador de fútbol americano haciendo un placaje. Metió la mano bajo su barriga, tanteó unos instantes, y con mucho cuidado, extrajo el papel sobre el que se había tumbado.

Era un trozo pequeño, de apenas cinco o seis centímetros, y no era papel fino como pensó en un principio, sino una especie de cartulina con una cierta textura. Julieta se lo puso delante de los ojos y lo estudió; la imagen no estaba completa, era un trozo de algo más grande.

En el centro del papel un hermoso arco con los colores más brillantes que había visto en su vida, captaba la atención de forma inevitable.

Debajo había escrita una palabra que, aunque no había oído nunca antes, pudo leer gracias a las enseñanzas de su padre.

Arcoíris.

FIN DE LA PREVIEW. CONSIGUE EL LIBRO COMPLETO EN LEKTU :)

TWITTER: *@juanjoescritor*

FACEBOOK: *juanjodiaztellez*

LINKEDIN: *Juan José Díaz Téllez*